

Los Aportes de la Historia Conceptual a la Psicología Social Histórica

The Contributions of Conceptual History to Historical Social Psychology

Jaime Eduardo Bañol Ramírez¹

RESUMEN: Uno de los proyectos de la psicología social construccionista es la psicología social histórica. Sin embargo, la historia es más que el recuento de acontecimientos pasados. Por ello, es imprescindible comprender algunas formas de hacer historia, sus géneros y discusiones epistemológicas. Interesa sobre todo las metodologías y sensibilidades del historiador profesional. Este artículo se enfoca en los aportes de la historia conceptual de Reinhart Koselleck: las configuraciones socio lingüísticas que hacen plausibles los acontecimientos históricos, los desplazamientos semánticos y onomasiológicos de los conceptos, los conceptos fundamentales y sus variantes (los que registran y generan experiencias y, los conceptos de expectativas).

Palavras-chave: Construccionismo; Historia Conceptual; Performatividad; Psicología Social; Sociología De La Ciencia.

ABSTRACT: One of the projects of social constructionist psychology is historical social psychology. However, history is more than the recounting of past events. It is therefore essential to understand certain ways of doing history, its genres and epistemological discussions. Of particular interest are the methodologies and sensibilities of the professional historian. This article focuses on the contributions of Reinhart Koselleck's conceptual history: the socio-linguistic configurations that make historical events plausible, the semantic and onomasiological shifts of concepts, the fundamental concepts and their variants (those that record and generate experiences, and the concepts of expectations).

Keywords: Constructionism; Conceptual History; Performativity; Social Psychology; Sociology of Science.

¹ Universidad Nacional General Sarmiento

Introducción

En muchos de los documentos académicos de la psicología social se menciona la necesidad de develar los contextos históricos de la producción de los saberes; en últimas, desnaturalizar lo que parece objetivo, real y obvio. Pero las relaciones entre *la historia* y *la psicología social* pueden ir más allá de la identificación del mencionado contexto, y mucho más allá de los recuentos de eventos cronológicos en la aparente acumulación de conocimientos. *La historia* como disciplina tiene mucho más que decirnos. Algunos autores ya han sugerido posibles vinculaciones. En este manuscrito se continuará con esta reflexión y se abordarán otras formas en las que la historia puede iluminar algunas discusiones actuales en psicología social. Específicamente se esbozarán los aportes de *la historia conceptual* de Reinhart Koselleck.

En la primera parte presento las formas en las que la historia se ha relacionado con la psicología, a modo de estado de la cuestión, una búsqueda no exhaustiva de las aportaciones sistematizadas de la historia a la psicología social. En un segundo momento se bosquejarán dos formas de organización de algunas perspectivas de la historia: desde Edward Carr, pasando por las formas de hacer historia de Peter Burke y, finalmente, los géneros de la historia según Jenkins y Munslow. La tercera parte recoge las pinceladas de la historia conceptual, para continuar; en un cuarto momento, con la imaginación articulada de un cuadro psicológico pintado al óleo con pigmentos de historia. Para este último propósito, los conceptos del *yo* servirán como ejemplo de un posible estudio de caso psico-sociohistórico.

Psicohistoria, Historias de las Psicologías y Psicología Social Construccionalista

Las contribuciones de la historia a la psicología social se organizan para este trabajo en tres categorías: la psicohistoria, la historia de los manuales y la perspectiva socio-construccionalista, llamada también, psicología social histórica.

Psicohistoria

La psicohistoria se trataría del “del uso de la psicología en la interpretación histórica” (Ardila, 1992, p. 331); de un interés de los historiadores por el psicoanálisis y, desde esta teoría “interpretar los hechos de la vida de un personaje, cuyo nombre por alguna razón fue impreso en el devenir de la cultura” (Delahanty, 1980, p. 379). En otras palabras, la psicohistoria es

una herramienta que ha surgido de la necesidad de combinar el trabajo de dos teorías; la historia y el psicoanálisis...la historia iluminada por la tradición freudiana en el psicoanálisis aspira a esclarecer las motivaciones humanas inconscientes tras las acciones históricas conscientes, impactadas por los conflictos internos que afectan a la psique individual (Torres, 2006, p. 134).

Queda claro que la psicohistoria no se ocupa de las implicaciones históricas en la psicología social, empero, sugerente conjunción de palabras (psico-historia) ameritaba su inclusión.

La Historia de los Manuales

De otro lado, se puede corroborar en todos los manuales de psicología, los libros de historia de la psicología y de los sistemas psicológicos un uso de la palabra *historia* desde el sentido común. No hay una discusión epistemológica ni metodológica de la historia en dichos manuales, solamente la descripción cronológica de los pensamientos que fueron dando origen a la disciplina y una narración de los acontecimientos que permitieron su institucionalización y profesionalización. Es decir, una concepción tradicional de la historia. Y lo mismo sucede para sus áreas de aplicación o subdisciplinas, como, por ejemplo, la psicología social.

Otro tipo de historizaciones proponen cronologías críticas sobre las epistemologías y su institucionalización, con el objetivo de evidenciar el costado político

de la cuestión, para lo cual es necesaria abordar una perspectiva contextualista (Masip, 2007). En estas revisiones se menciona la forma como el *mainstream* de la psicología social ha devenido en una *psicología social psicológica* invisibilizando las orientaciones sociológicas -psicología social sociológica- y las políticamente comprometidas (Ovejero, 2007). Desde sus orígenes, los intereses teóricos y prácticos –y políticos- de la psicología social se han situado de manera peculiar entre la psicología y la sociología. Durante el siglo XX estas perspectivas han confluído en el desarrollo de dos psicologías sociales (Álvaro & Garrido, 2003), “a las que se suele denominar ‘psicología social psicológica’ y ‘psicología social sociológica’, y que representan puntos de interés más orientados o bien a lo individual o bien a lo social” (Pons, 2008, p. 11). La psicología social psicológica terminó consolidándose como psicología social experimental y con el tiempo como psicología social cognitiva, siendo esta la corriente principal de la psicología social en la actualidad. Sin embargo, las múltiples voces de la psicología social sociológica y el contexto intelectual de los años 70’s generaron las condiciones de posibilidad de lo que se llamó la *crisis de la psicología social* (Pons, 2008; Ovejero, 2007, Ibáñez, 2001a, 2001b), dentro de la crisis teórica y metodológica en ciencias humanas y sociales durante la misma época, y que tuvo como ejes transversales los *giros lingüístico y hermenéutico*, entre otros.

Aunque a finales de la década de los 2000 aún se escuchaban voces que sugerían que la crisis de la psicología social no había sido superada, se sostenía que la psicología social *cognitiva* era –y es- la corriente principal de la psicología social y no tendría competidores. De acuerdo con Ovejero (2007, p. 394), “la psicología social fue siempre, al menos en parte, cognitiva, después de la Segunda Guerra Mundial se hizo mucho más cognitiva y en los últimos años más aún, constituyendo incluso lo que se ha venido en llamar psicología social cognitiva”. Aun así, hay autores que sostienen que las

orientaciones sociológicas (Álvaro, 2007), posmodernas (Ovejero, 2007) y alternativas (Pons, 2008) de la psicología social son cada vez más influyentes. Mientras que Pons (2008) hace mención de 8 orientaciones alternativas (la orientación dialéctica y el contextualismo, la teoría crítica de la escuela de Fráncfort, la orientación etogénica y la teoría de la acción, el construccionismo social, el constructivismo radical, la orientación humanista, la psicología social discursiva y la psicología social de la liberación); Ovejero (2007) reúne estas y otras más en cuatro grandes agrupamientos: 1) La orientación de la teoría de la acción, las explicaciones de la vida cotidiana y el análisis del discurso; 2) la orientación dialéctica dentro de la que se destaca la teoría crítica; 3) la orientación hermenéutica y; 4) la psicología social construccionista entre cuyos principales referentes se encuentran Kenneth Gergen y Tomás Ibáñez. Es precisamente la psicología social construccionista la que insiste en reclamar la *perspectiva histórica*.

La Psicología Social Construccionista

Liliana Ferrari (2014)¹ plantea que la apuesta de los socio-construccionistas es la *psicología social histórica*. Desde esta mirada se interrogan por los modos de producción de conocimientos científicos (Robertazzi, 2011). Kenneth Gergen escribió, precisamente, un artículo que inauguró las reflexiones sobre la cuestión y es material de consulta obligado para todos los interesados en esta perspectiva; *Social Psychology as History* (1973), publicado originalmente en el *Journal of Personality and Social Psychology* y traducido al español por la Universidad de los Andes de Colombia en 2007. Uno de los argumentos principales es que los fenómenos que estudia la psicología social no son atemporales, al contrario, hacen parte de configuraciones sociohistóricas que los hacen únicos; y es esto lo que pasa por alto el mainstream de la psicología cuando se acerca a sus objetos de estudio con las metodologías de las ciencias naturales (Ferrari, 2014). Por

¹ Artículo en internet sin fecha.

ello, la psicología social no debería ser miope hacia la historia y disciplinas como la sociología, ciencias políticas y la economía. Gergen hace ver que el historiador profesional tiene un aparato metodológico y una sensibilidad especial hacia las secuencias causales a lo largo del tiempo. Aboga por una más amplia comprensión que incluya factores políticos, económicos e institucionales para evitar una visión distorsionada de la condición presente (Gergen, 2007).

El reclamo insistente de una perspectiva histórica en psicología social sugiere una plataforma que impulsa una nueva agenda de discusión e investigación. En las siguientes páginas se esbozarán algunos horizontes de posibilidad en esta imprescindible confluencia interdisciplinar entre la psicología social y la historia. Pero antes de ello, lo primero que conviene preguntarnos es ¿qué es la historia?

¿Qué es La Historia? De Edward Carr a las Nuevas Historias

La intención de este apartado es mostrar que una psicología social interesada por la historia, en una relación interdisciplinar, debe, por lo menos, considerar algunas de las discusiones internas de esta última. Las siguientes líneas bosquejarán varias de estas cuestiones.

Sesenta años después de que Carr (1961/1983) escribiera *¿Qué es la historia?*, algunos de sus conceptos pueden parecer -a la luz de la *nueva historia*- o bien un verdadero anacronismo, o bien una verdad de Perogrullo; sin embargo, a la hora de tender puentes necesarios entre la historia y la psicología social, resultan estimulantes y orientadores en el mapa de la discusión historiográfica. ¿Es la historia una disciplina científica? De serlo ¿Cuál sería su objeto de estudio? ¿Sería el pasado? ¿Este supuesto objeto de estudio es externo al sujeto? Y ¿Con que métodos se accede al objeto de estudio de la historia y que resultados arroja? Algunas de estas cuestiones, transversales en la discusión epistemológica de cualquier disciplina, son las que se encuentran en los escritos

de Carr; y, permiten visualizar -a un público ajeno, como el psicológico- que la historia no es solo la recolección de eventos cronológicos. En este orden de exposición de las ideas, para Carr, los datos de la historia no aparecen como naturales delante del historiador:

Los llamados datos básicos, que son los mismos para todos los historiadores, más bien suelen pertenecer a la categoría de materias primas del historiador que a la historia misma. La segunda observación que hemos de hacer es que la necesidad de fijar estos datos básicos no se apoya en ninguna cualidad de los hechos mismos, sino en una decisión que formula el historiador a priori (Carr, 1983, p. 14)

Dicho autor menciona que los hechos históricos son actos de interpretación, el historiador es quien selecciona cuales hechos quedarán constituidos como históricos; por tanto “la creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente y con independencia de la interpretación del historiador es una falacia absurda, pero difícilísima de desarraigar” (Carr, 1983, p. 14). En este sentido, la lógica interpretativa del investigador puede entenderse mejor si se estudia el contexto de producción institucional, histórico-social y psicológico en el cual fueron producidos. El propósito de Carr (1993) es ilustrar, según sus propias palabras, sobre dos “verdades”; “la primera, que no puede comprenderse o apreciarse la obra de un historiador sin captar antes la posición desde la que él la aborda; la segunda, que dicha posición tiene a su vez raíces en una base social e histórica” (Carr, 1993 p. 52); ya que “el pensamiento de los historiadores, como el de los demás humanos, viene moldeado por circunstancias de tiempo y lugar” (Carr, 1993, p. 58).

Sin embargo, Carr (1993) ha dejado de ser un referente de manual epistemológico – si es que alguna vez lo fue- y se lo describe como anticuado desde la óptica de una *nueva historia*. De acuerdo con Jim Sharpe, a los estudiantes que desean responder a la

pregunta ¿qué es la historia?, aunque todavía se los dirige al texto de Carr (1993), “a una obra que ha quedado ya bastante anticuada...Allí encontrarán una visión más bien limitada de lo que debería ser la respuesta a esta intrigante cuestión” (Sharpe, 1993, p. 57). Sharpe pondera otras formas de hacer historia más allá de los héroes nacionales; por ejemplo, la historia del transporte, las migraciones y la movilidad geográfica, la historia del crimen; en otras palabras, está argumentando a favor de una *historia desde abajo*, lo cual desarrolla en un capítulo que lleva ese título en el libro del que Burke (1993) funge como editor, *Formas de hacer historia*.

El argumento de Burke (1993) es describir las nuevas formas-del-hacer de una nueva historia; es decir –y muy importante para un público foráneo–, distinguir la historia tradicional de las concepciones contemporáneas de la historia, tanto en su sentido epistemológico como disciplinar. Entonces, ¿Qué es esta nouvelle histoire? De acuerdo con Burke (1993, p. 13), “no es fácil dar una definición positiva; el movimiento recibe su unidad sólo de aquello a lo que se opone”; y argumenta que la nueva narrativa histórica se distingue de su predecesora en seis aspectos fundamentales: 1) Mientras que el paradigma tradicional de la historia se centra en los eventos políticos, la nueva corriente ha ampliado su campo de interés hacia prácticamente cualquier manifestación de la actividad humana; 2) Mientras que los historiadores tradicionales concebían la historia como una narración lineal de acontecimientos, la nueva corriente se dedica predominantemente al análisis de las estructuras subyacentes; 3) La perspectiva tradicional de la historia tiende a ser "desde arriba", privilegiando las hazañas de figuras destacadas, relegando a menudo el papel de la población común. Sin embargo, una nueva generación de historiadores se orienta hacia una visión de "historia desde abajo", dando voz a las experiencias y opiniones de la gente común en el contexto del cambio social; 4) Mientras que la historia tradicional se basa principalmente en documentos escritos, la

nueva corriente reconoce la importancia de una variedad de fuentes de evidencia, incluyendo testimonios visuales y orales, para comprender la complejidad de las experiencias humanas a lo largo del tiempo; 5) Los nuevos historiadores muestran un interés equitativo tanto en movimientos colectivos como en acciones individuales, así como en las tendencias subyacentes que moldean el curso de los acontecimientos históricos (Burke, 1993); 6) De acuerdo con el paradigma tradicional, la historia es objetiva; hoy por hoy “este ideal se considera, en general, quimérico...nuestras mentes no reflejan la realidad de manera directa. Percibimos el mundo sólo a través de una red de convenciones, esquemas y estereotipos, red que varía de una cultura a otra” (Burke, 1993, p. 18).

Otra forma de acercarse a *qué es la historia hoy* es a través del *The nature of history reader* de Jenkins y Munslow (2004). Lo primero que nos aclaran es que podían haber organizado el contenido por “tipos de historia - social, económica, política, cultural, teórica, feminista, marxista, postestructuralista, etc. - o por escuelas; o por métodos; o por posiciones ideológicas; o agrupados en torno a eventos; o alrededor de conceptos, etc” (Jenkins & Munslow, 2004, p. 4)²; pero en lugar de ello – y manteniendo la creencia en que las historias son artefactos estéticos, figurativos, posicionados, imaginarios- han adoptado la idea de género literario como principio organizador. De acuerdo con Jenkins y Munslow la forma más productiva es organizarlos de acuerdo con tres géneros: reconstruccionista, construccionista o deconstruccionista.

Además de los géneros citados, el criterio organizador de los autores incluye un cuarto ítem, el *endismo*, el fin de la historia; ya que hay quienes “piensan que es innecesario tener historias 'como las conocemos' o, tal vez, incluso historias en absoluto; que, de una forma u otra, podemos esperar o ser conscientes de que podemos estar

² Original en inglés. Traducción personal.

llegando al ‘fin de la historia’” (Jenkins y Munslow, 2004, p. 5). En todo caso, comprender estas posibles rutas que toman los historiadores no significa necesariamente que todo sea válido o que nada lo sea (Soler, 2015).

En este clave de lectura, el reconstruccionismo es la historia tradicional, la historia del sentido común, la vieja historia: una historia “real” y “objetiva”, con un sentido intrínseco, con datos y hechos incontrovertibles e independientes de la figura del historiador, una *Historia*, en fin, que puede ser descubierta, representada y reconstruida a través del lenguaje.

Por otra parte, el género construccionista “constituye el gran terreno intermedio del pensamiento y la práctica histórica de hoy” (Jenkins y Munslow, 2004, p. 61). Este género se inspira en el positivismo de Comte e indaga por patrones regulares y leyes en la historia; su base sigue siendo empírica, mantiene la brecha epistemológica entre observador y observado, y busca las estructuras determinantes -sociales, políticas y económicas- bajo la "superficie" de lo social (Jenkins y Munslow, 2004). El principal modo del género construccionista es y ha sido *la historia social*. Este tipo de lógicas conduce necesariamente al “debate sobre la distinción entre agencia humana y estructura que llegó a dominar el pensamiento histórico en la segunda mitad del siglo pasado y que ha estado en el corazón del desarrollo de la historia construccionista” (Jenkins y Munslow, p. 10). El construccionismo se entiende como la unión del empirismo con diferentes niveles de teoría social y diversas formas de conceptualización. La diferencia fundamental con el reconstruccionismo radica en la creencia de que la objetividad histórica se logra no solo mediante el análisis de fuentes, sino también a través de una adecuada teorización y la aplicación de conceptos útiles (Jenkins y Munslow, 2004).

El tercer género, el deconstruccionismo, cuestiona los legados de la modernidad, hace parte del posmodernismo y se alimenta del giro lingüístico. Sin embargo, los

historiadores desconstruccionistas siguen siendo historiadores, es decir, no escapan del todo de las ilusiones de la modernidad; “por supuesto, sus historias son a menudo maravillosamente diferentes, radicales y problematizantes...pero siguen siendo historias” (Jenkins y Munslow, p. 16). Por último, Jenkins y Munslow llaman la atención sobre un cuarto agrupamiento –no genero-, *el endismo*; en el que todas las metanarrativas han perdido plausibilidad. El asunto sobre el que los diferentes autores reflexionan a partir de una serie de posiciones tomadas en relación con la modernidad/posmodernidad es la cuestión de si el posmodernismo señala el fin de la historia de alguna manera o no.

Soler (2015) nos invita a no quedarnos paralizados por las controversias, sino observar las oportunidades de éstas para la praxis historiográfica. Entiende que el pensamiento posmoderno es una invitación para revitalizar el campo histórico. En este sentido, más allá de las discusiones epistemológicas, ontológicas, etc; hay una potencia también para la praxis psicosocial que aún no se ha profundizado. Estas líneas son una invitación a ello. Según Soler (2015), la reflexión interna en la historia, al igual que en otros campos, provocó cambios en la manera de pensar sobre la historia; se empezó a hablar de *saberes* en lugar de *ciencias*. A primera vista, esta perspectiva parecía representar un retroceso en el estatus científico de la disciplina histórica, pero en la práctica esto no fue el caso. Si bien es cierto autores como Ricoeur, White y Ankersmit:

consideran que el pasado, a pesar de ser un lugar de la imaginación del historiador, por el hecho establecer algunas relaciones entre los acontecimientos e imponer estructuras que los mismos no tienen, este no está en plena libertad de inventar las relaciones y proyectar cualquier estructura. En consecuencia, son los principios metodológicos empleados por el historiador los que deben asegurar la científicidad a la historia (Soler, 2015, p. 13).

Estos métodos y técnicas del historiador amplifican las repercusiones de la interdisciplinariedad entre la psicología social y la historia.

Este apartado comenzó con la pregunta de Carr ¿Qué es la historia?, y con esta misma pregunta finalizaría. Por ello, cuando 60 años después, Faridah Zaman comenta la obra de Carr, expresa que "las historias son útiles para decirnos cómo llegamos aquí" (Morphakis et al., 2020, p. 2); y que una forma de responder a la pregunta ¿Qué es la historia? es cuestionarnos para qué y para quién son las historias. De tal modo que "al recuperar lo que ha sido subsumido y olvidado, por ejemplo, las tradiciones disidentes radicales que fueron ahogadas...la historia podría, en cambio, servir a fines mucho más emancipatorios y abrir espacios de posibilidad crítica e imaginativa para nuestro propio tiempo" (Morphakis et al., 2020, p. 2-3). En tal sentido, la pregunta que se hace el historiador ¿Cómo llegamos aquí? es absolutamente imprescindible para el psicólogo social que ve en la deconstrucción su praxis psicosocial. Incluir esta cuestión es una condición de posibilidad para desnaturalizar los constructos de la disciplina.

Si partimos de la premisa que los conceptos psicológicos y las realidades que estos construyen se configuran a través de procesos históricos y lingüísticos, y en este sentido, que los conceptos psicológicos y los mundos que estos construyen no describen una realidad externa a un observador, sino que hablan de universos de sentidos construidos y habitados en y por el lenguaje; un acercamiento deconstructivo a estas realidades y conceptos requiere ineludiblemente de una perspectiva histórica. Hasta acá todos los psicólogos sociales posmodernos coinciden. La cuestión para resolver es ¿qué implicaciones tendrá para la disciplina asumir esta perspectiva además de la relativización de los conceptos?

La propuesta de este escrito es ahondar en las discusiones de la historia, aprender sus métodos y tomar prestado de manera legítima sus acepciones, para no seguir hablando

de la historia desde un sentido común. Para alcanzar dicho propósito es necesario incluir a *la historia conceptual*; esta, a mi criterio, fundamental para la articulación de la historia con la psicología social. En las próximas páginas se mostrarán sus principales argumentos.

La historia Conceptual

En los círculos de estudio de la historia, la corriente historiográfica menos explorada suele ser la historia conceptual; esta perspectiva sigue siendo desconocida en gran medida entre los historiadores que no son alemanes. Se trata de una tradición historiográfica marginal (Wolosky, 2014). Vilanou (2006) señala que la historia conceptual es una de las consecuencias del giro lingüístico y, por lo tanto, sus dos vertientes se corresponden cada una, con la filosofía analítica (Austin, Searle) y la hermenéutica (Heidegger, Gadamer) respectivamente. La primera hace énfasis en los actos del habla y la segunda privilegia la semántica histórica. Este escrito retoma la segunda perspectiva: la historia conceptual de Koselleck.

La Historia Conceptual de Reinhart Koselleck

De acuerdo con Mehring (2012), Koselleck (1923-2006) “estableció, de modo original y sistemático, un lazo entre la ciencia histórica y los métodos e interrogantes propios de la filosofía, la sociología y también de la filosofía política y jurídica” (Mehring, 2012, p. 13). Antonio Gómez Ramos agrega:

Historiador de pura cepa, profesor de Teoría de la Historia en Bielefeld desde 1973, cada una de sus páginas rezuma el trato con la filosofía, la teoría política, la filología o las ciencias sociales; y su lectura revierte con fecundidad en cualquiera de esos campos para quien esté interesado en saber qué ha pasado en los últimos dos siglos, qué es lo que pasa ahora, y cómo interpretar que pase lo que pasa. O si se quiere: para quien esté interesado en saber lo que significa ser moderno [...] ha

fundido críticamente todo ese universo de ideas, junto a su propia investigación histórica, en lo que podría considerarse como un género en sí mismo (Gómez, 2004, p. 9-10).

Las siguientes líneas esbozarán algunas de las ideas de Koselleck que considero más importantes en su articulación con la psicología social. Se puede leer en Koselleck la convicción de que toda sociedad es una comunidad lingüística, por lo que, toda acción depende de las formaciones sociales lingüísticamente instituidas. En ocasiones, los acontecimientos suceden con una preponderancia del lenguaje, es decir, de las palabras, los discursos, las respuestas, etc. Bien en otras, aunque el lenguaje tenga un rol aparentemente secundario, hace parte de los conocimientos socialmente compartidos. Más aún cuando de recuperar el pasado se trata, ya que lo acontecido solo puede recuperarse a través de recursos lingüísticos, sean esos escritos u orales. Por tanto, el análisis histórico debe involucrar no solo los acontecimientos sociales sino las condiciones lingüísticas que lo posibilitaron. En este orden de ideas, Koselleck arguye:

Hay anales que solo registran las consecuencias, lo que ha sucedido y no cómo se llegó a ello. Están los manuales y las llamadas historias narrativas, que tratan de los hechos, del éxito o del fracaso, pero no de las palabras y de los discursos que llevaron a ellos. Versan sobre la acción bien de grandes hombres, bien de actores muy estilizados que actúan en cierto modo como si fuesen mudos: Estados o dinastías, Iglesias o sectas, clases o partidos, pueblos o naciones o cualquier otro actor que sea hipostasiado. Pocas veces se pregunta por los modelos de identificación lingüísticos sin los que este tipo de actores no podría actuar. Incluso cuando el discurso oral o su equivalente escrito se incluyen en la descripción, los testimonios lingüísticos tienden a considerarse con demasiada frecuencia al servicio de una ideología o se interpretan de forma instrumental en relación con

presuntos intereses previamente dados o intenciones perversas (Koselleck, 2012, p. 18).

Es por ello que, para Koselleck la historia social y la historia conceptual se unen en una relación de necesidad sin que la una pueda reducirse a la otra, “la conclusión que puede extraerse sobre el tipo de relación entre la historia social y la conceptual es que ambas se necesitan y se remiten mutuamente, sin que eso signifique que puedan llegar a ser en algún momento idénticas” (Koselleck, 2012, p. 25). Además, la historia conceptual de Koselleck no es una historia del lenguaje ni tampoco una especialización o rama de la historia (Wolosky, 2014). Implica la recuperación de discursos presentes en documentos históricos y la construcción de conceptos que explican realidades o procesos históricos. La teoría y metodología de Koselleck no es un fin en sí mismo, “no es un intento por limitar la praxis histórica a una teoría o una especulación filosófica, no tiene como objeto el análisis de los conceptos en sí mismos” (Wolosky, 2014, p. 99). Para Vilanou (2006), la historia conceptual no puede ser considerada como un mero método complementario para el trabajo del historiador, sino, una suerte epistemología, que “a modo de meta-historia, desea poner las bases para una teoría científica de la historia, de una historia que permita ensayar pronósticos y hacer frente al ritmo vertiginoso de nuestra civilización” (Vilanou, 2006, p. 178). En palabras del propio Koselleck (2012, p. 45):

Desde los años cincuenta, ‘historia conceptual’ remite a un campo de la investigación histórica para el que el lenguaje no es un epifenómeno de la llamada realidad, sino una irreducible instancia metodológica última sin la que no puede tenerse ninguna experiencia ni conocimiento del mundo o de la sociedad. Para la historia conceptual, la lengua es, por un lado, un indicador de la ‘realidad’ previamente dada y, por otro lado, un factor de esa realidad [...] Una de sus tareas consiste en el análisis de las convergencias, desplazamientos y discrepancias en

la relación entre el concepto y el estado de cosas que surgen en el devenir histórico.

Koselleck (2012) distingue entre la historia factual y las narrativas históricas, argumentando que el habla es fundamental para la realización de la historia, pero ésta nunca es simplemente su reflejo: “siempre hay una diferencia entre la historia en acto y la articulación lingüística que la hace posible. Una historia no se lleva a cabo sin el habla, pero nunca es idéntica a esta, no se puede reducir a ella” (Koselleck, 2012, p. 14). Cuando se aborda la historia conceptual, “se trata, de forma simplificada, de la oposición obvia entre las acciones y los sucesos, por un lado, y de los relatos sobre ellos, de las narraciones históricas y de las historias, por otro” (Koselleck, 2012, p. 41). De acuerdo con Koselleck (2012), el lenguaje desempeña un papel dual, ya que no solo registra la realidad, sino que también la influencia a través de la percepción, la comprensión y el conocimiento. Si bien ninguna realidad puede ser completamente encapsulada por su expresión lingüística, es a través de esta actividad lingüística que comprendemos y experimentamos nuestra realidad. Esta distinción subraya la importancia de considerar ambos aspectos de un concepto, el *semántico* y el *onomasiológico*, y la necesidad de emplear ambos enfoques en un análisis de historia conceptual. Por un lado, la semántica, dado que las palabras tienen una diversidad de significados que deben adaptarse a una realidad en constante cambio; y, por otro lado, la onomasiología, debido a que una única expresión no puede capturar completamente un estado de cosas, surgen entonces múltiples denominaciones que deben ajustarse a medida que la realidad se transforma.

En este orden ideas, Koselleck (2012) señala que, desde un punto de vista estrictamente lógico, hay cuatro posibilidades de comprender las relaciones, transformaciones y articulaciones semánticas y onomasiológicas de los conceptos; es

decir, de escribir una historia conceptual. Para este último propósito sigue a Heiner Schultz:

Primera: el significado de una palabra, así como el estado de cosas captado permanecen iguales sincrónica y diacrónicamente. Segunda: el significado de una palabra permanece igual, pero el estado de cosas se modifica. Se aleja del significado anterior. Por tanto, la realidad que está cambiando debe captarse y comprenderse lingüísticamente de nuevo. Tercera: el significado de una palabra cambia, pero la realidad que antes captaba permanece igual. Por tanto, la semántica que ha cambiado necesita encontrar nuevas formas de expresión lingüística para ajustarse a la realidad. Cuarta: los estados de cosas y los significados se desarrollan de forma completamente separada de modo que la relación que existía antes ya no se comprende. Solo el método histórico conceptual permite averiguar cómo y con qué concepto se plasmaba antes una realidad (Koselleck, 2012, p. 32).

Koselleck (2012) ejemplifica cada una de estas posibilidades con conceptos como el matrimonio, el capitalismo, revolución, estado, imperialismo. Algunos de estos, adquieren la categoría de *conceptos fundamentales*:

Conceptos como 'Estado' son más que simples significados; comprenden muchos significados individuales (territorio, frontera, ciudadanía, justicia, ejército, impuestos y legislación), los aglutinan en un compuesto superior y se refieren a sistemas filosóficos, formaciones políticas, situaciones históricas, dogmas religiosos, estructuras económicas, clasificaciones sociales, etc. Cuando esta clase de conceptos se vuelven insustituibles o no intercambiables, se convierten en conceptos fundamentales sin los que no es posible ninguna comunidad política y

lingüística. Simultáneamente, son polémicos porque distintos hablantes quieren imponer un monopolio sobre su significado (Koselleck, 2012, p. 45).

En la formación de los conceptos fundamentales Koselleck (2012) describe tres momentos o variantes. El autor nos hace ver que, inicialmente, se trata de conceptos que *registran experiencias*, a los que se añaden nuevos conceptos que ayudan a los antiguos a transformarse en una nueva realidad. Ya no se trata de un concepto que reflejen experiencias, sino que “de hecho prefiguran una transformación constitucional de carácter social, político y religioso; se convierte en un *concepto generador de experiencias*” (Koselleck, 2012, p. 36). Con el paso del tiempo el concepto – que ha registrado e incluido en su significado la idea de un futuro nuevo- termina por separarse completamente del contexto de las experiencias del presente y “se convirtió en un concepto enriquecido con elementos utópicos, en un puro *concepto de expectativas*” (Koselleck, 2012, p. 37); en el que sólo las diferentes luchas pueden hacerlo realidad.

Lo descrito anteriormente nos permite comprender otro aspecto del devenir histórico, en cuanto que si “una palabra pierde la capacidad de representar un concepto fundamental cuando ya no es capaz de aglutinar lo suficiente las nuevas experiencias y de plasmarlas en un concepto común junto con las expectativas por cumplir. Lentamente desaparecerá de la circulación” (Koselleck, 2012, p. 38), y “precisamente esta diferencia entre el concepto y el estado de cosas es la que una y otra vez provoca la transformación histórica y la que la regula” (Koselleck, 2012, p. 38). Estas diferencias y convergencias entre los conceptos, sus significados y las realidades a las que refieren son la esencia de la historia conceptual, por lo tanto, ésta última no es una historia del lenguaje, ni tampoco una subdisciplina de la historia, ni puede ser reducida a la historia social.

Del Por Qué la Psicología Social Necesita de la Historia Conceptual

Para precisar un poco más las posibles aportaciones de la historia conceptual de Koselleck (2012) a la psicología social histórica, amerita recordar que el mencionado autor distingue entre hechos de la realidad social y los conceptos que configuran dicha realidad. A este respecto:

Sin formaciones sociales y sus conceptos, mediante los cuales las primeras - reflexiva o autorreflexivamente- definen e intentan solucionar los desafíos a los que se enfrentan, no hay ninguna historia, no puede experimentarse ni interpretarse, no puede describirse o narrarse. En este sentido, la sociedad y el lenguaje forman parte de los requisitos metahistóricos sin los cuales ninguna historia [Geschichte] y ninguna Historia [Historie] son concebibles (Koselleck, 2012, p. 12).

La hipótesis del presente escrito es que un análisis de historia conceptual es aún más importante en *el caso* de la psicología, en cuanto que las realidades que llamamos psicológicas poseen un poderoso ingrediente lingüístico; se objetivan, materializan y naturalizan a través del lenguaje.

Los diferentes conceptos del mundo social y científico adquieren su realidad objetiva con el uso del lenguaje. De acuerdo con Berger y Luckmann (1966/2003), “el lenguaje objetiva las experiencias compartidas y las hace accesibles a todos los que pertenecen a la misma comunidad lingüística, con lo que se convierte en base e instrumento del acopio colectivo del conocimiento” (Berger y Luckmann, 2003, p. 89). Y luego de que el uso de los diferentes conceptos de las realidades sociales, científicas y psicológicas se han objetivado, estas realidades se legitiman y naturalizan; en otras palabras, “sobre el lenguaje se construye el edificio de la legitimación, utilizándolo como instrumento principal” (Berger y Luckmann, 2003, p. 85).

Por tanto, el lenguaje no es un vehículo para describir la realidad; sino y, sobre todo, para prescribirla, para crearla. En el caso del lenguaje científico, esta comprensión habilita “aproximarnos a las producciones científicas como actos de habla que al decir algo del mundo lo configuran a la vez que buscan cambiarlo” (Martini, 2016, p. 150). Este tipo de posicionamientos respecto del papel lenguaje en la construcción de conocimiento científico, requiere, en palabras de Martini:

asumir que las producciones discursivas científicas no se reducen a expresiones enunciativas constatativas, en el sentido de ser meramente descripciones verdaderas o falsas. Los lenguajes de las ciencias deben ser considerados con la fuerza de la performatividad. Los enunciados científicos son actos de habla de los que cabe preguntar en un sentido sustantivo qué se está haciendo al realizar el acto de emitirlos. (Martini, 2016, p. 151)

Como diría Ibáñez “es obvio que todo lo dicho vale también, si acaso de forma aún más contundente, para las realidades psicológicas, su conocimiento y su construcción” (Ibáñez, 2001a, p. 256). En este último sentido, muchas de las *realidades psi* serían producto de la cristalización y naturalización de los conceptos construidos por la psicología instituida en su devenir histórico-social; es decir, del carácter performativo, normativo y prescriptivo de la psicología (Gergen, 2007; Ferrari, 2014). ¿Como se formalizan estos conceptos y cómo adquieren su carácter objetivo e institucional? ¿Cuáles serían las repercusiones políticas? En los procesos histórico-sociales y epistemológicos de la formación de estos conceptos ¿se crearían mundos? (Goodman, 1978/1990); O ¿problemas públicos? (Gusfield, 2014); o ¿se crearían/inventarían personas, que en alguna medida no existían antes? (Hacking, 2007).

Sin embargo, es necesario aclarar que al señalar el carácter performativo y prescriptivo del lenguaje no se está afirmando que la realidad social sea de naturaleza

lingüística (Ibáñez, 2001a; Koselleck, 2006); sino más bien, que habitamos un mundo coproducido a través de descripciones en el que nuestras acciones están intrínsecamente ligadas a las descripciones disponibles (Martini, 2016). Las clasificaciones y configuraciones lingüísticas que creamos determinan nuestra percepción del mundo. Estas configuraciones, aunque existen antes de nuestra comprensión, no son una realidad objetiva externa, sino que surgen de una comunidad que organiza el sentido (Goodman, 1990). Por lo tanto, las palabras nos permiten hacer/crear cosas en el mundo al formar parte de un sistema de categorías y clasificaciones.

Al asumir el carácter performativo del lenguaje y, por ende, de los discursos psicológicos; se hace imprescindible la realización de un análisis histórico que arroje luz sobre los desplazamientos semánticos y onomasiológicos de los conceptos creados por la psicología; en otras palabras: una historia conceptual de la psicología social.

Un Posible Estudio de Caso Sobre la Construcción Histórica Del Yo

Gergen (2007), quien había abogado por incorporar la sensibilidad y metodologías del historiador profesional, realizó en los años 90's un análisis histórico sobre las conceptualizaciones sobre el "yo". En *El yo saturado* Gergen describe como el yo es configurado a través los diferentes discursos en cada momento histórico. La hipótesis de Gergen es que las realidades sobre el yo, sobre la identidad, han sido construcciones objetivadas en momentos históricos y que adquieren estatus ontológico a través del lenguaje. De modo que el proyecto deconstruccionista de Gergen consiste en mostrar cuales son las visiones románticas y modernas del yo a través los grandes vocabularios que hemos heredado.

Durante siglos el hombre se narró a si mismo desde el misterio del genio interior; y luego, con el surgimiento de la modernidad imperó el lenguaje de la razón, de la conciencia, del self único y aprehensible a través de la búsqueda de la verdad esencial del

yo. El lenguaje del romanticismo acerca del *yo* es el lenguaje de la poesía, de las esencias, de las almas; en cambio, el lenguaje de la modernidad acerca del *yo* transita por la razón, por los rasgos de la personalidad, por la ciencia. Respecto de esto último Gergen sostiene:

¿Qué decir entonces de lo que consideramos conocimientos sobre el *yo*, de las proposiciones científicas o populares, que definen lo que somos o quiénes somos? ... los términos “sentimientos”, “cognición”, y “depresión”, así como “emoción”, “razón”, etc., no los aplicamos a nuestra expresión porque reflejen los “hechos”, presentes en el mundo, de la emoción, la razón, la depresión, etcétera; más bien, tales términos cobran su significado, su sentido de realidad, por la perspectiva que aportamos a los sucesos en la sociedad actual (Gergen, 1997, p. 131).

Los lenguajes de la modernidad construyen realidades-verdades acerca del *yo* que usamos para describirnos; es decir, los lenguajes de la ciencia en la modernidad actúan de forma prescriptiva; y en este sentido, ¿las etiquetas/diagnósticos psiquiátricos crearían personas? La Comisión Ciudadana por los Derechos Humanos Internacional (CCHR, 2024) argumentaría que los comportamientos no deben etiquetarse como enfermedades.

Entre tanto, en la posmodernidad, “el sentido relativamente coherente y unitario que tenía del *yo* la cultura tradicional cede paso a múltiples posibilidades antagónicas” (Gergen, 1997, p. 114). En el lenguaje de la modernidad, esto último se entendería una contradicción interna, un estado de “enfermedad” mental, de escisión del *yo* y el conflicto psíquico (Lahire, 2004). Sin embargo, desde la cultura de la posmodernidad, este fenómeno es parte de la multifrenia que antecede al *yo relacional*.

¿Cómo comprender este ser posmoderno? La hipótesis de Gergen es que la concepción del *yo* individual, esencial –romántico o moderno-, cederá su lugar histórico al *yo relacional*, la posibilidad de devenirse en diferentes *yoes*. El paso de la concepción romántica y moderna del *yo* a la concepción posmoderna no se da de un momento a otro.

Con fines analíticos, Gergen divide este proceso en tres momentos o fases: 1) la manipulación estratégica, 2) la personalidad pastiche, y 3) el yo relacional.

El yo como manipulador estratégico emerge gracias a las aportaciones de la etnometodología y de Erving Goffman. Según Giddens “se suele considerar a Goffman como el teorizador por excelencia de la situación en la que los individuos se ven envueltos en una diversidad de encuentros y entornos, cada uno de los cuales puede exigir diferentes formas de conducta ‘apropiada’” (Giddens, 1997, p. 241). En obras como *la presentación de La persona en la vida cotidiana (1994)* y *Estigma (2006)*, el individuo cumple ciertos roles destinados a obtener ciertos beneficios sociales, de modo que “cuando un individuo deja un encuentro e inicia otro, ‘acomoda sensiblemente la presentación de su yo’ en función de lo que se requiera en cada situación concreta” (Giddens, 1997, p. 241). Es el hombre que actúa, que representa un papel. Para ello, el actor social oculta información y separa estratégicamente su vida pública de la privada, aprende a encubrirse y manejar las audiencias en las cuales interacciona. Según Goffman (2006), aunque el término de identidad personal está ha asociado a ideas cercanas la noción de *unicidad*, tales como la de una marca positiva (como por ejemplo las fotografías de los individuos), la combinación única de hechos en la historia del individuo, y, por último, una esencia distintiva del ser; “esta unicidad totalizadora de la línea vital está en marcado contraste con la multiplicidad de yoes que se le descubren en el individuo cuando se le observa desde la perspectiva del rol social, donde puede sustentar con bastante habilidad yoes diferentes, y hasta cierto punto, pretender que ya no es más algo que ha sido (Goffman, 2006, p. 80). Tal vez por esto se piense “comúnmente que esta interpretación implica en el individuo tantos yoes como contextos divergentes de interacción” (Giddens, 1997, p. 241). Sin embargo, dice Giddens, esta interpretación no es acertada, sino que “una persona puede aprovecharse de la diversidad para crear una identidad propia específica

que incorpore de manera favorable elementos de diferentes ámbitos en una crónica integrada” (Giddens, 1997, p. 242). Gergen se distancia de esta concepción, sostiene que un yo relacional, un yo posmoderno, un yo como narrador puede contar su biografía personal de muchas formas, no existiendo una sola versión de la misma. En todo caso, para Gergen, el actor que representa diferentes roles en el sentido del “manipulador estratégico” todavía carga aires de modernidad, es un producto de ella:

Para distinguir la “representación del papel”, hay que contrastarla con la categoría de un “yo real”. Si no se tiene conciencia de lo que significa “ser fiel a sí mismo”, no se concluye que se represente un papel. Por consiguiente, el sentido del yo como manipulador estratégico es producto del ambiente modernista, donde ya existían (o se suponía que existían) yoes reales y auténticos, y actuar de cualquier otro modo era una forma de falsificación y de engaño (Gergen, 1997, p. 195).

En la *personalidad “pastiche”*, el individuo experimentó una suerte de liberación respecto de las esencias, aprendiendo a disfrutar de las múltiples variedades de expresión que entonces le fueron permitidas, “la personalidad ‘pastiche’ es un camaleón social que toma en préstamo continuamente fragmentos de identidad de cualquier origen y los adecua a una situación determinada” (Gergen, 1997, p. 196). Y supone entonces, un desprenderse de las amarras modernidad. A la *personalidad pastiche* le sucedería la fase del *yo relacional*, en la que el sentido de la autonomía individual da paso a una realidad de inmersión en la interdependencia, donde las relaciones del yo son las que lo construyen. Las tecnologías de la saturación social abruma al yo con la pluralidad de versiones de actuar y de ser, la identidad ya no podría comprenderse desde los discursos de la *modernidad* como un yo esencial que lucha por encontrarse a sí mismo, sino que tendríamos que estudiar la posibilidad de comprender la identidad contemporánea como un proyecto (Salszman, 2012), como la emergencia de múltiples formas en las cuales el

yo podría construirse: un yo relacional, una multifrenia, un devenirse en yoes. Expuestos a la saturación social, los seres humanos de la posmodernidad inmersos en la multiplicidad de relaciones, formas de ser y expresarse, dejan de lado el esencialismo y las preocupaciones por la autenticidad o no de sus actos, permitiéndose vivir en sus yoes, en sus narraciones: los yoes que emergen en las relaciones en un proceso de construcción de significados. Estos Yoes, no serían núcleos aislados encerrados en nuestras cabezas (Bruner, 1991), ni tampoco estructuras cognitivas privadas (Gergen, 2007), sino que el yo/yoes de la posmodernidad se comprende como una construcción histórica, una narración, un discurso Goolishian y Anderson (1998). Las narraciones sobre el yo no sería una posesión del individuo sino de las relaciones. En conclusión. En la noción del yo como narrador “el yo cuenta historias en las que se incluye un bosquejo del yo como parte de la historia” (Bruner, 1991, p. 110). Desde esta perspectiva, los psicoterapeutas diferencian entre los hechos en la historia de vida de un paciente, y las interpretaciones que el paciente hace sobre estos hechos. Como se había citado respecto de Koselleck, entre los sucesos y las narraciones históricas de los sucesos. Solo que, en el caso de los recuentos psicológicos, los hacemos con los conceptos que han adquirido un carácter de objetividad en la modernidad.

Un ejercicio complementario en esta historia de los conceptos psicológicos sobre el yo y su carácter performativo se puede ejemplificar con un estudio sobre las relaciones románticas a través de internet. Illouz (2007) escribe *Intimidades congeladas*. Se trataría de un contexto posmoderno, al amor a través de internet. Según Illouz (2007), los procesos de autopresentación y búsqueda de una pareja se basan tres aspectos de lo que la autora denomina la corriente psicológica. En primer lugar, el yo se construye descomponiéndolo en categorías discretas de gustos, opinión, personalidad y temperamento; y así, se nos hace buscar *ese otro* sobre la base de la idea y la ideología de

la compatibilidad emocional y psicológica. El segundo aspecto es que el yo privado se convierte en una representación pública. Por último, Internet contribuye a una textualización de la subjetividad, es decir, a un modo de autoaprehensión en el que el yo se externaliza y objetiva a través de medios visuales de representación y lenguaje (Illouz, 2007, p. 169-170). Los lenguajes psicológicos de la modernidad, que ya vimos, tienen propiedades prescriptivas en el sentido de crear la realidad que nomina, se estandarizan en los cuestionarios que deben diligenciar quienes buscan su amor en Internet. Son estos vocabularios sobre el yo provenientes de la modernidad los que se usan en contextos posmodernos. Bajo esta perspectiva, el lenguaje de los enamorados, en otrora de la poesía y de las esencias, ha cedido su lugar a un lenguaje más parecido al de las pruebas psicotécnicas.

Consideraciones Finales

En las páginas anteriores se han tendido algunos puentes entre la historia y la psicología social. El propósito ha sido acercarse a *La historia* desde una visión en la que no se la circunscriba solamente a *un contexto* o la descripción de acontecimientos en un supuesto orden cronológico. El punto de partida de los entrelazamientos sugeridos debería ser la consideración de algunas discusiones epistemológicas del quehacer del historiador profesional, es decir, abandonar la mirada de la historia desde el sentido común. El psicólogo interesado en esta perspectiva deberá elegir entre las diferentes *formas de hacer historia*. Algunas de estas maneras del quehacer del historiador no han quedado plasmadas en este escrito. En una segunda parte de esta presentación me propongo exponer la propuesta micro histórica de Ginzburg (1994, 1999), en estrecha relación con las investigaciones psicogenéticas de Elias (2015) y otros. Los entrelazamientos disciplinares aún están por explorar.

El reconocimiento de la construcción social de la realidad y de la ciencia y, del carácter performativo del lenguaje, posibilitan comprender a *la psicología social* como hacedora de mundos, problemas públicos y personas. Es por ello que se ha argumentado a favor de la incorporación de la historia conceptual de Reinhart Koselleck en las discusiones epistemológicas de la psicología social. La hipótesis es que los postulados y métodos planteados por Koselleck contribuirán a la consolidación de *la psicología social histórica*.

Como un ejemplo, o estudio de caso, se ha propuesto observar con atención las reflexiones que los socio-construccionistas han realizado sobre el yo. Estos trabajos se podrían leer como una historia social del yo a la que le hacen falta los detalles de los desplazamientos semánticos y onomasiológicos; es decir, la historia conceptual.

Respecto de este último, una historia social del yo, los construccionistas han sugerido que el yo romántico y moderno dejará su lugar en la historia para dar paso a un yo relacional y narrador. Sin embargo, queda la inquietud de si estos conceptos, yo relacional, yo es, yo narrador; no serían, usando el lenguaje de Koselleck, *más que conceptos de expectativas; ya que*, por mucho que la ciencia social haya discutido sobre el yo y el self, parece que el Yo todavía es un misterio, y; aunque con el paso de los años puedan aparecer conceptos nuevos; sin embargo, otros preferiríamos seguimos hablando el lenguaje en el que los seres humanos tienen un corazón y un alma. Por último, vale la pena recordar junto a Tomás Ibáñez:

saber que uno se limita a contar historias, y que algunas son simplemente más interesantes, más aceptables, más persuasivas, o más dilucidatorias que otras y que uno no hace nada más que eso, es dar un paso decisivo para escapar a la ‘ideología de la representación’ y a los señuelos de la modernidad (Ibáñez, 2001b, p. 257).

Sea lo que fuere, todo lo anteriormente mencionado, no sería más que otra historia.

Referencias

- Álvaro, J. L. (2007). *Introducción a la psicología social sociológica* (v. 91). Editorial UOC.
- Álvaro, J. L., & Garrido, A. (2003). *Psicología social: perspectivas psicológicas y sociológicas*. Artmed.
- Ardila, R. (1992). Psicohistoria: la perspectiva psicológica. *Revista latinoamericana de psicología*, 24(3), 331-324.
- Bruner, J. (1991). *Actos de Significado, Más Allá de la Revolución Cognitiva*. Alianza Editorial.
- Burke, P. (1993). *Formas de hacer historia*. Alianza.
- Carr, E. (1961/1983) *¿Qué es la historia? Conferencias "George Macaulay Trevelyan" dictadas en la Universidad de Cambridge en enero-marzo de 1961* (J. R. Maura, Trad.). Seix Barral.
- Delahanty, G. (1984). Psicohistoria crítica: teoría y método. *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (10-11), 379-391.
- Elias, N. (2015) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica.
- Ferrari, L. (2014). *El construccionismo social y su apuesta: la psicología social histórica*. EUDEBA.
http://www.academia.edu/1772326/El_construccionismo_social_y_su_apuesta_1_a_psicologia_social_historica.
- Gergen, K. J. (1997). *El Yo Saturado, Dilemas de Identidad en El Mundo Contemporáneo*. Ediciones Paidós.

- Gergen, K. J. (2007). La psicología social como historia. In A. M. Estrada & S. Diazgranados (Eds.), *Construccionismo Social, Aportes para el Debate y la Práctica* (pp. 3-26). Ediciones Uniandes.
- Giddens, A. (1997). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Península.
- Ginzburg, C. (1994). Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella. *Manuscrits: revista d'història moderna*, (12), 13-42.
<https://raco.cat/index.php/Manuscrits/article/view/23233>
- Ginzburg, C. (1999). Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias iniciales. In C. Ginzburg (Ed.), *Mitos, emblemas, indicios: morfología e historia*. Gedisa.
- Goffman, E. (1994). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu.
- Goffman, E. (2006). *Estigma*. Amorrortu.
- Gómez, A. R. (2004). Koselleck y la Begriffsgeschichte. Cuando el lenguaje se corta con la historia. R. Koselleck, *Historia/Historia* (A. G. Ramos, Trad.) Trotta.
- Goodman, N. (1990). *Maneras de hacer mundos*. Visor.
- Gusfield, J. R. (2014). *La cultura de los problemas públicos: el mito del conductor alcoholizado versus la sociedad inocente*. Siglo Veintiuno Editores.
- Hacking, I. (2007). Kinds of people: Moving targets. *Proceedings-British Academy*, 151, 285-318).
<https://www.thebritishacademy.ac.uk/documents/2043/pba151p285.pdf>
- Ibáñez, T. (2001a). *Psicología social construccionista*. Universidad de Guadalajara.
- Ibáñez, T. (2001b). *Municiones Para Disidentes*. Gedisa Editorial.
- Jenkins, K., & Munslow, A. (Eds.). (2004). *The nature of history reader*. Routledge.
<https://doi.org/10.4324/9780203002186>

- Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social* (L. F. Torres, Trad.). Trotta.
- Martini, M. D. L. A. (2016). Conocimiento científico, performatividad e interacción social: compromisos filosófico-sociológicos. *Pasajes y paisajes: Reflexiones sobre la práctica científica*, 145. Editora Universidad Nacional de Moreno.
- Masip, J. (2007). Sobre el Desinterés por la Historia de la Psicología Social. *Summa Psicológica UST*, 4(2), 149-178.
- Mehring, R. (2012). Teoría de la historia después de Nietzsche y Stalingrado. In R. Koselleck, *Sentido y repetición en la historia*. Hydra.
- Morphakis, F., Sengoopta, C., Colla, M., & Zaman, F. (2020). "What is History? Four historians consider the most fundamental question of all, one famously posed by E.H. Carr almost 60 years ago". *History Today*, 70(8).
- Ovejero, A. (2007). *Las relaciones humanas. Psicología Social Teórica y Aplicada*. Editorial Biblioteca Nueva.
- Pons, X. D. (2008). *Aproximación histórica, ideológica y temática a la psicología social*. Universidad de Valencia.
- Robertazzi, M. (2011). Psicología social histórica: teoría y construcción de conocimientos. *Espacios en blanco. Serie indagaciones*, 21(1), 21-58.
<https://www.scielo.org.ar/pdf/eb/v21n1/v21n1a02.pdf>
- Salszman, M. G. (2013). *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*. FLACSO.
- Sharpe, J. (1993). Historia desde abajo. In J. Sharpe, *Formas de hacer historia* (pp. 38-58). Alianza Editorial.
- Soler, L. (2015). ¿Discurso histórico posmoderno frente a la historia o búsqueda de nuevos signos para revitalizar a la historia? *Documentos de Trabajo (IELAT)*,

Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos), (77), 8-19.

Torres, H. (2006). La Psicohistoria: método de enseñanza, método de investigación. *Revista de Investigación en psicología*, 9(2), 133-140.

Vilanou, C. (2006). Historia conceptual e historia intelectual. *Ars Brevis: anuario de la Càtedra Ramon Llull Blanquerna*, (12), 165-190.

Wolosky, A. C. (2014). La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck. *Historiografías: revista de historia y teoría*, (7), 85-100.